

El Informe MacBride desde Cataluña: balance de una esperanza

Josep Gifreu

Desde Cataluña, teníamos como mínimo tres grandes motivos para seguir con interés los trabajos y los resultados de la Comisión Internacional de Estudio de los Problemas de la Comunicación (Comisión MacBride) que preparó el Informe MacBride entre los años 1977 y 1979. En primer lugar, en aquellos años se abría una nueva oportunidad histórica para la reconstrucción nacional de Cataluña, y concretamente para la recuperación de la lengua y la cultura catalanas, en el marco de la transición española hacia la democracia (primeras elecciones constituyentes de 1977, referéndum de la nueva Constitución de 1978 y referéndum del Estatuto de Autonomía de Cataluña de 1979). En segundo lugar, existía cierta sensibilización en los entornos académicos y profesionales sobre la centralidad de la información y de los medios de comunicación de masas en los procesos de afirmación nacional y cultural en la nueva sociedad de la información. Y, en tercer lugar, aunque sea más anecdótico, en Cataluña despertaba especial simpatía la personalidad y la figura del presidente de la Comisión, el irlandés Sean MacBride, uno de los líderes de la independencia de Irlanda, admirador de Cataluña y antiguo amigo personal de Francesc Macià, el primer presidente de la Generalitat de Cataluña, reinstaurada en 1931.

Personalmente, me siento muy directamente implicado en el proceso de seguimiento y de recepción del Informe MacBride en Cataluña. Mi trayectoria como investigador de la comunicación quedó marcada por la etapa en la que estalló en el seno de la Unesco la crisis más aguda de su historia. En efecto, los años que van de la XIX Conferencia

General de Nairobi (1976) hasta la XXI Conferencia de Belgrado (1980), donde se aprobó definitivamente el Informe MacBride, y hasta 1983 cuando la Administración Reagan decide forzar la retirada de Estados Unidos de la Unesco, corresponden a los años de elaboración de mi tesis doctoral (*Sistema i polítiques de la comunicació a Catalunya*, Barcelona: L'Avenç, 1983). Aquella investigación pretendía aplicar a Cataluña una de las líneas-fuerza del debate internacional, la referente a las políticas nacionales de comunicación, impulsada singularmente desde América Latina. Una problemática *local* vinculada, no obstante, al debate general y a los grandes retos globales que el Informe MacBride ponía de relieve, tema que abordé en un informe general posterior (*El debate internacional de la comunicación*, Barcelona: Ariel, 1986).

La gran mayoría de cuestiones a las que quería dar respuesta el Informe MacBride debían interesar a las elites políticas y culturales de la Cataluña de 1980, que emergían de la lucha y la resistencia contra la dictadura franquista. Sin embargo, creo poder afirmar que el impacto del debate sobre la comunicación aglutinado en el seno de la Unesco tuvo escasa repercusión en el ámbito público y entre la clase política catalana. ¿Cómo se explica esto? Una primera hipótesis sería que la clase política y las elites intelectuales catalanas, como las del resto del Estado español, estaban plenamente concentradas en el proceso interno de construir la nueva democracia española. Una segunda hipótesis, no menos plausible, sería que Cataluña como tal no gozaba de ningún tipo de representación oficial u oficiosa en la Unesco ni en las Naciones Unidas. Y aún una tercera que se podría formular como pregunta: ¿Podían interesar a Cataluña un debate y unas propuestas sobre la comunicación que no tuvieran en cuenta la peculiar situación de las naciones sin estado? Este interrogante hace hincapié en una doble consideración: de una parte, la condición de una Cataluña

Josep Gifreu

*Catedrático de teorías de la comunicación de la
Universidad Pompeu Fabra*

que, si bien renunciaba a tener Estado propio al aceptar los pactos de la transición española, no renunciaba sin embargo a autoafirmarse como nación, o parte de una nación, diferenciada de las otras naciones de la península ibérica; y de otra parte, el hecho comprobado de que el Informe MacBride no tomaba en consideración la existencia y las necesidades específicas de las naciones sin Estado.

En cualquier caso, sólo a partir de principios de los años ochenta el debate de la Unesco sobre comunicación y el Informe MacBride comenzaron a tener cierta incidencia en Cataluña, si bien en sectores muy particulares. Me gustaría aventurar que el principal mérito del tímido impacto que tuvo el espíritu MacBride en una parte de la intelectualidad catalana debe atribuirse a los núcleos de investigación universitarios. Más concretamente, los núcleos de la Universidad Autónoma de Barcelona, especialmente aglutinados en el entonces llamado Departamento de Teoría de la Comunicación, dentro de la Facultad de Ciencias de la Información. Desde el departamento seguíamos con creciente interés el desarrollo del debate internacional y las orientaciones de los trabajos de la Comisión. En este sentido, y con la perspectiva de 25 años, creo poder afirmar que aquel departamento, bajo la dirección de Miquel de Moragas, desempeñó un papel importante por lo menos en tres direcciones, que esbozo brevemente.

En primer lugar, la conexión de los investigadores catalanes con la investigación y la problemática comunicativas internacionales, y singularmente con los centros del debate en la Unesco y la IAMCR/AIERI/AIECS (Asociación Internacional de Estudios en Comunicación Social). La participación desde 1976 en los congresos bianuales de esta asociación internacional culminó con el acuerdo de realizar el XVI Congreso de 1988 en Barcelona, coordinado por el profesor Manuel Parés. También contribuyó a que la comunicación internacional se situara como objeto específico de investigación la salida al exterior de los investigadores catalanes y sobre todo la invitación a Barcelona de reconocidos investigadores internacionales de la comunicación (Schiller, Mattelart, Martín Barbero, Pasquali, Cayrol, Richeri, etc.).

En segundo lugar, la recepción y la difusión en el ámbito catalán y español del debate internacional sobre la comunicación y del propio Informe MacBride. Aparte de las

contribuciones personales y en distintos ámbitos de algunos profesores (especialmente, Miquel de Moragas, Marcial Murciano y Josep Gifreu), aquel departamento creó en 1980 la revista *Anàlisi*, que contribuyó a difundir la investigación también en los campos próximos a los abordados por el Informe MacBride (especialmente, los números 5 y 6 (de 1982) sobre las políticas de comunicación en Cataluña; y el número 10/11 (de 1987) sobre la comunicación internacional).

Y en tercer lugar, el esfuerzo de introducción y de aplicación en Cataluña de líneas de investigación orientadas a apoyar las políticas nacionales de comunicación. Este apartado merecía una consideración particular y más extensa. Bastará con mencionar algunas actuaciones que pueden poner de manifiesto una voluntad de incidir desde la investigación sobre las nuevas oportunidades históricas de restablecimiento y de potenciación del sistema comunicativo catalán en la nueva fase de despliegue de la democracia, del autogobierno y de la normalización lingüística y cultural.

En este sentido, cabría destacar algunas actuaciones a principios de los años ochenta que conectaron de forma más o menos directa con las preocupaciones del espíritu MacBride respecto del papel de los medios de comunicación y de las nuevas tecnologías en los procesos de reconstrucción nacional y cultural. No fueron los responsables de la política ni tampoco los grandes medios de comunicación los que aplicaron esta línea de acción y de intervención. No obstante, decisiones como la creación de la Corporación Catalana de Radio y Televisión (CCRTV) con dos canales decisivos a partir de 1983 (TV3 y Catalunya Ràdio), adoptada por el Parlamento y el Gobierno catalanes en 1981, respondían a este "espíritu". La atención y la preocupación por la lengua y la cultura catalanas a través de las nuevas políticas culturales en Cataluña conectaron también con las orientaciones del Informe MacBride. Por ejemplo, iniciativas del Departamento de Cultura como las Reflexiones Críticas sobre la Cultura Catalana en sus dos ediciones (1983 y 1986), así como la propuesta de "Pacto Cultural" (1985), abonaban también esta orientación. La celebración en 1986 del II Congreso Internacional de la Lengua Catalana incluía un área de trabajos dedicada a medios de comunicación y nuevas tecnologías, e incorporaba como una de las conclusiones la constitución

de un espacio catalán de comunicación que comprendiera a ambos territorios de lengua catalana. Esta línea estratégica de reconstrucción de la comunicación en el espacio cultural del catalán había sido, precisamente, una de las conclusiones de un estudio prospectivo que dirigí gracias al impulso del Instituto de Estudios Catalanes en plena sintonía con el espíritu MacBride (J. Gifreu, dir., *Comunicació, llengua i cultura a Catalunya: Horitzó 1990*, Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 1986). La proyección pública en Cataluña de esta línea de investigación comunicativa culminó en 1986 cuando el Departamento de Cultura de la Generalitat me encargó la inauguración de las II Reflexiones Críticas sobre la Cultura Catalana con la conferencia titulada "Cultura, comunicación y dependencia".

Durante los últimos años de la década de 1980, el impacto general del espíritu MacBride, mayoritariamente de la investigación comunicativa en Cataluña, se manifestó en el hecho de incorporar el estudio de la comunicación como dimensión crucial de los procesos de (re)construcción nacional, cultural y lingüística. Y si a partir de entonces se comenzó a hablar de una "escuela catalana" de investigación en comunicación, se debe en gran parte a la especial sensibilidad de los investigadores catalanes al relacionar estrechamente políticas de comunicación, políticas culturales y políticas lingüísticas. Una sensibilidad que, después de veinte años, nos aproxima al corazón de las nuevas preocupaciones tanto de la política cultural europea como de la comunicación internacional crítica. Con esto quiero manifestar que, hoy, la investigación catalana en comunicación sintoniza plenamente con la llamada "excepción cultural" como estrategia y garantía de afirmación de la diferencia cultural en un nuevo mundo globalizado que, bajo los dictados de la OMC (Organización Mundial del Comercio), corre el riesgo de desaparecer por la vía de los mercados.